

sal. ¿Qué quiere decir esto? ¿Sabeis qué? Dice San Agustín (1) que la sal sazón y conserva las cosas; y que por esto dice Cristo que nos acordemos de la muger de Lot, para que mirando lo que á ella le sucedió, nos conservemos con aquella sal, y escarmentando en ella perseveremos en el buen camino que habemos comenzado y no volvamos atrás porque no nos convirtamos nosotros también en estatuas de sal con que otros se conserven y perseveren viendo nuestra caída. Cuántos vemos el día de hoy que no nos sirven á nosotros sino de estatuas de sal con que nos conservemos. Pues escarmentemos en cabeza ajena y no hagamos por donde otros escarmienten en la nuestra.

Añaden los Santos Agustino y Gerónimo, que comenzar bien y acabar mal es hacer cosas monstruosas, porque aquellas obras y acciones que comienzan por bien y por razón, y acaban en mal y en sensualidad, son quimeras: es, dicen (2), como si á una cabeza de hombre le hiciese un pintor un cuello de caballo; ese es monstruo: así es el comenzar bien y acabar mal. Y eso es con lo que dá en rostro el Apóstol San Pablo á los de Galacia que habian vuelto atrás: "Tan necios sois, que habiendo comenzado en espíritu acabais en carne (3). ¿Quién os ha engañado (4)?"

Para que podamos perseverar y alcanzar del Señor esta merced, es menester que procuremos fundarnos muy bien en la virtud y mortificación, porque por no estar uno bien fundado, viene á desdecir y caer. Las manzanas gusanientas son las que presto se caen y no llegan á sazón; pero las buenas y sanas duran en el árbol hasta llegar á

(1) Aug. Epist. 75, sup. illud vovete, et reddite.
 (2) Cum enim sic agitur, humano capiti cervicem pictor equinam jungit. Aug. serm. 8 ad fratres in eremo.
 (3) Sic stulti estis, ut cum spiritu caeperitis, nunc carne consumemini Ad Gal. III, 3.
 (4) ¡O insensati Galatae! quis vos fascinavit non obedire veritati? Ib.

su perfeccion. Así, si no hay virtud sólida, si teneis el corazón vano, si hay allá dentro algun gusanillo de presunción y soberbia ó impaciencia, ó de alguna otra afición desordenada, esto os irá royendo y consumiendo el jugo y enflaqueciendo la sustancia y fortaleza de la virtud, y os pondrá en peligro la perseverancia. Dice el Apóstol que importa mucho fortificar y fortalecer el corazón con la gracia de Dios y con verdaderas y sólidas virtudes (1).

Alberto Magno declara bien de qué manera nos habemos de fundar en las virtudes para poder durar y perseverar en ellas. Dice (2) que el verdadero siervo de Dios ha de estar tan fundado en la virtud, y hála de tener tan arraigada allá dentro en el corazón, que siempre esté en su mano ejercitarla y no dependa de lo que otros pueden hacer ó decir. Hay algunos que mientras no se les ofrecen ocasiones, sino que les suceden las cosas conforme á su gusto, parece que son humildes y tienen mucha paz; pero en ofreciéndose la ocasión, por liviana que sea, luego pierden la paz y muestran lo que son. Y entonces, dice Alberto Magno, no está la virtud de la paz ni de la humildad en ellos, sino en los otros; esa es virtud de los otros y no vuestra, pues ellos os la quitan y ellos os hacen gracia de ella cuando quieren. Eso es ser bueno por virtud del otro. Como suelen decir allá los del mundo cuando los alaban, «eso será por virtud de vuestra merced.» Y dicen la verdad. No habeis de ser bueno por virtud ajena, sino por virtud propia, que esté en vos y no dependa de otros. Comparan á estos muy bien á unas lagunas de agua reposada que, si las dejais estar, no dan mal olor, pero si las meneais, no hay quien lo sufra.

(1) Optimum est enim gratia stabilire cor. Ad Hebr. XIII, 9.
 (2) Alb. Magn. in Enchirid. de ver. perfectique virt. c. 13.

Así estos, mientras no les tocan, sino que los dejan andar al sabor de su paladar, parecen agua clara; pero meneadlos un poco y vereis qué olor echan de sí. "Hurga á los montes y humearán (1)."

CAPITULO XVIII.

De otro medio para aprovechar en virtud, que son las exortaciones y pláticas espirituales, y cómo nos aprovecharemos de ellas.

Entre otros medios que tiene la Religión, y muy particularmente la Compañía, para ayudar y animar á los suyos á que vayan adelante en virtud y perfeccion, es uno muy principal las pláticas y exortaciones espirituales que para esto tenemos de regla. Y así diremos aquí algunas cosas que nos ayudarán para aprovecharnos mas de ellas, que podrán servir á todos para aprovecharse y sacar fruto de los sermones que oyen. Lo primero, nos ayudará mucho para esto que no vamos á ellas por costumbre y por cumplimiento, sino con verdadero deseo de aprovecharnos y sacar fruto de ellas. Consideremos con qué ansia y deseo irian aquellos PP. del Yermo, cuando se juntaban á aquellas colaciones y conferencias espirituales que tenían, y qué provision llevarian de allí para sus celdas. Pues con esa ansia y deseo habemos nosotros de ir, y entonces nos entrarán ellas en provecho, como cuando uno va á comer con gana y con hambre, entonces parece que le entra en provecho lo que come; y nota San Crisóstomo (2), que así como el tener una buena gana de comer es señal de salud y buena disposición corporal, así el tener deseo y hambre de oír la palabra de Dios es señal de que está buena el alma, y si no teneis hambre de la palabra de Dios, ni gustais de ella, es mala señal: enfermo estais, pues no teneis gana

de comer, antes tenéis hastío de este manjar espiritual; y aunque no hubiese en esto otra cosa, por solo oír tratar y hablar un poco de Dios, habiamos de ir á estas pláticas con mucho consuelo y gusto, porque naturalmente se huelga uno que le hablen y traten del que mucho ama, como el padre de su hijo. Pues si amais á Dios, holgareis de oír hablar de Dios, y así dijo Cristo nuestro Redentor: "El que es de Dios oye las palabras de Dios (1)." Y por el contrario, del que no gusta de oír la palabra de Dios, añadió luego: "y por eso vosotros no la ois, porque no sois de Dios (2)."

Lo segundo, para aprovecharnos de estas pláticas, es menester que no vayamos á ellas con curiosidad, atendiendo al modo y gracia con que se dice, ó si se traen algunas cosas nuevas ó extraordinarias, sino que quitemos los ojos de eso y los pongamos en la sustancia de lo que dice. Esta es una de las cosas que nosotros reprendemos en los del mundo, y por la cual el día de hoy muchos sacan poco fruto de los sermones. ¡Qué diriamos del enfermo á quien va á sangrar el barbero, si no se dejase sangrar, sino se estuviese mirando los instrumentos; ¡oh qué linda lanceta! ¡oh qué gentil navaja! ¡oh qué buena caja! ¿dónde se hizo? Dejaos de eso y sangraros han, que es lo que os importa, esotro no os hace al caso. Pues así son los que no tienen cuenta con la sustancia de lo que se dice, que es lo que ellos han menester, sino con las palabras y traza ó artificio. Comparan á estos muy bien al harnero ó criba y al cedazo, que despiden de sí el grano y la flor de la harina y se quedan con solas las pajas y el salvado. En el segundo libro de Esdras cuenta la Sagrada Escritura (3), que leyendo Esdras la ley del Señor al pueblo de Is-

(1) Tange montes, et fumigabunt. Ps. CXLIII, 5.
 (2) Chris. Hom. 4 et 32 super Gen.
 B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

(1) Qui ex Deo est, verba Dei audit. Joann. VIII, 47.
 (2) Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis. Ib.
 (3) Esdrae II, c. VIII, 41.

rael, era tanta la mocion de la gente y tan grandes los llantos y gritos, cotejando sus obras y vida con aquella regla que oian, que era menester que los levitas anduviesen acallando la gente y haciendo silencio para que el predicador pudiese proseguir su sermón. De esta manera se han de oír las exhortaciones y sermones, con confusion y compuncion, cotejando cada uno su vida con lo que oye y considerando cuán diferentes somos de lo que allí se nos dice y cuán lejos estamos de la perfeccion que allí se nos platica.

Lo tercero, con que se confirma mas lo pasado, es que entiendan todos que estas pláticas no son para decir cosas nuevas y extraordinarias, sino para traernos á la memoria las cosas comunes y ordinarias que traemos entre manos y ponernos calor en ellas. Y con este presupuesto habemos de ir á ellas, porque asi, echada fuera toda curiosidad, sacaremos mas provecho de ellas. Para este fin ordena espresamente nuestro Padre que se hagan las pláticas en la Compañía. En la tercera parte de las constituciones, despues que ha puesto las reglas que tenemos sacadas en el Sumario, dice: «Haya quien dé cada semana ó á lo menos cada quince dias estos ú otros semejantes recuerdos; porque por la fragilidad de nuestra naturaleza no se olviden, y asi cese la ejecucion de ellos (1).» Y de camino nota aqui el P. maestro Nadal en las declaraciones que escribió sobre las constituciones, que aunque la constitucion pone aquella disyuntiva, cada ocho ó á lo menos cada quince dias, pero que la costumbre universal de la Compañía es que no se dilate esto á los quince dias, sino que se haga cada ocho dias. Tomó la Compañía lo mejor, y ninguno mejor que él pudo decir esto, porque visitó casi toda la Compañía y sabia bien la

(1) III. p. Const. c. 1. §. 28.

costumbre universal de ella. De manera que estas pláticas son para refrescar la memoria de lo que ya sabemos, porque nos olvidamos fácilmente de lo bueno; y asi, es menester acordárnoslo y repetírnoslo muchas veces. Y aunque lo tuviésemos en la memoria, para avivar nuestra voluntad y deseo es menester darnos voces, repitiéndonos nuestra obligacion y profesion, y qué es á lo que venimos á la Religión: porque verdadera es aquella sentencia de San Agustin: «Vuela el entendimiento, y síguete un tar-do ó ningun afecto (1).» Aun mas lisiada y enferma quedó nuestra voluntad para seguir lo que conviene, que el entendimiento para entenderlo. Por esto es necesario decirnos muchas veces unas mismas cosas, y asi lo hacia el Apóstol San Pablo, como él lo dice á los Filipenses: «En lo demas, hermanos míos, gozaos en el Señor: en escribiros siempre lo mismo, no me embarazo, porque para vosotros es preciso (2).» No le faltaban al Apóstol cosas que decir, y bien nuevas y esquisitas las podia decir el que habia sido arrebatado al tercero Cielo; pero siéntese obligado á decirles y repetirles las mismas cosas que otras veces les habia dicho, porque aquello les era á ellos mas necesario. Esto es á lo que ha de atender el que hace las Pláticas y el que hace los Sermones, no á decir lo que á él le ha de hacer parecer mas docto y erudito, porque esto seria predicarse á sí mismo, sino lo que ha de hacer mas provecho á los oyentes. Y á esto tambien han de tener ojo los oyentes, y de esta manera no se enfadarán de oír las cosas comunes y que ya saben, pues que ven que las han menester, porque no las obran, ó á lo menos no con aquella perfeccion que debian.

(1) Praevolat intellectus, sequitur tardus vel nullus affectus. *August.*

(2) De caetero, fratres mei, gaudete in Domino; eadem vobis scribere mihi quidem non pigrum, vobis autem necessarium. *Ad Phil. III, 1.*

Lo cuarto, ayudará mucho que lo que se dice en las Pláticas lo tome cada uno como si para él solo se dijese y no como dicho para los otros. No nos hagamos á oír estas pláticas, como los del mundo oyen los sermones. Decia un gran predicador: «todos los que me oís, sois trinchantes; porque asi como el trinchante todo su oficio es repartir para otros, y él quédase sin nada, asi vosotros, cuando me oís, decís: ¡Oh qué buen punto este para fulano! ¡oh qué bien le viene esto á zutano! ¡oh y si estuviera aqui mi vecino, cómo le hiciera esto al caso! y vos os quedais sin nada. Convidados quiero que seais en este convite de la palabra de Dios, no trinchantes.» Dice el Eclesiástico: «El hombre prudente y sábio, cualquiera palabra provechosa que oye, la aplica á sí; pero el vicioso y vano descontentase de ella y échala á las espaldas, échasela á otros (1).» Pues seamos de los cuerdos y cada uno tome lo que se dice para sí, y como si á él solo se dijese y con él solo se hablase y no con otro. Porque lo que parece que viene bien á otro, os vendrá por ventura mejor á vos; sino que muchas veces vemos la paja en los ojos de nuestro vecino y no vemos la viga que tenemos atravesada en los nuestros (2). Especialmente, que aunque al presente no sintais aquello en vos, lo habeis de guardar para despues, que lo habreis menester, y por ventura muy presto. Y asi siempre lo habeis de tomar, como si por vos y para vos solo se dijese.

Lo quinto, con que se declara mas esto, conviene mucho que todos tengan entendido y vayan siempre con este presupuesto, que lo que en las pláticas se dice ó reprende, no es porque al presente haya

(1) Verbum sapiens quodcumque audierit sciens, laudabit, et ad se adjiciet: audivit luxuriosus, et displicebit illi, et projiciet illud post dorsum suum. *Ecol. XXI. 18.*

(2) *Matth. VII. 3.*

aquello en casa, sino para que nunca lo haya. Porque la medicina que previene la enfermedad y preserva de ella es mucho mejor que la que la cura despues. Y eso es lo que hacemos en estas exhortaciones, conforme al consejo del Sábío: «Antes de la enfermedad aplica el medicamento (1).» Aplicamos la medicina y el remedio antes que venga la enfermedad, exortando á lo bueno y vituperando lo malo para que asi no venga nadie á caer en aquello que ya sabe que es malo y peligroso. Y asi seria gran falta juzgar: «esto se dijo por fulano:» y mucho mayor decirlo. Porque no se pretende notar á ninguno en particular, que no seria eso prudencia, ni de fruto, sino antes de daño. Y asi seria juzgar y condenar, al que hace la plática, de una cosa muy mal hecha.

Pero aunque de parte del que predica ó hace la plática ha de haber esta circunspeccion y recato; mas de parte del que oye, será muy bueno que cada uno tome lo que se dice como si por él ó para él solo se dijese. No que entienda que el que platica le quiso notar y señalar á él, porque esto, como habemos dicho, seria falta; sino que entrando cada uno la mano en su pecho y yendo cotejando sus obras y su vida con aquello que oye, diga: «verdaderamente todo esto dice á mí, y yo tengo mucha necesidad de ello; Dios se lo puso en la boca para mi provecho:» porque de esa manera se saca mucho fruto.

De aquella plática que hizo Cristo nuestro Redentor á la Samaritana, dice el Sagrado Evangelio que salió ella dando voces diciendo: «Venid y vereis un hombre que me ha dicho cuanto ha pasado por mí (2).» Cuando el predicador habla con los oyentes y les dice lo que pasa por sus almas, entonces es bueno el sermón y la plática, y

(1) Ante languorem adhibe medicinam. *Ecol. XVII. 20.*

(2) Venite, et videte hominem, qui dixit mihi omnia quaecumque feci. *Joann. IV, 29.*

eso es lo que contenta y hace fruto en ellos.

Lo sexto, es menester que entendamos que la palabra de Dios es manjar y mantenimiento del alma. Y asi siempre habemos de procurar sacar algo de las pláticas y sermones que guardemos y conservemos en nuestro corazon para que nos dé esfuerzo y aliento para obrar despues. Sobre aquellas palabras de Cristo: "La simienza que cayó en la buena tierra, estos son los que oyendo de buena y muy buena voluntad la palabra de Dios y reteniéndola en sí, dan fruto con la paciencia en retenerla (1)," dice S. Gregorio (2) que asi como el no retener uno en el estómago el manjar corporal que come, sino provocarlo luego, es enfermedad grave y peligrosa: asi lo es el no retener uno en su corazon la palabra de Dios que oye, sino que por un oido se le entra y por otro se le sale. Decia el Profeta: "Escondia yo, Señor, y guardaba vuestras palabras en mi corazon, para no pecar (3)," para resistir á las tentaciones, para animarme á la virtud y perfeccion. ¡Cuántas veces acontece que tiene uno una tentacion y se vé en algun peligro, y acuérdate de una autoridad de la Sagrada Escritura, ó alguna otra cosa buena que oyó, y con aquello se esfuerza y anima, y siente mucho provecho! Con tres autoridades de la Escritura venció y deshizo Cristo nuestro Redentor las tres tentaciones que el demonio le trajo (4).

De lo dicho se verá cuán dignos son de reprehension los que van á las pláticas y á los sermones por cumplimiento, ó se están allí durmiendo ó distraidos pensando en otras cosas, que es lo mismo. Dice el Sa-

(1) Quod autem in bonam terram, hi sunt qui in corde bono, et optimo audientes verbum retinent, et fructum afferunt in patientia. Luc. VIII, 15.

(2) Greg. hom. 15 sup. Evangel.

(3) In corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi. Ps. CXVIII, 14.

(4) Matth. IV, 4.

grado Evangelio: "Viene el demonio y quita la palabra de su corazon, porque no se salven (1)" ó porque no se aprovechen. Esas son las aves de rapiña que comen el grano que se siembra para que no nazca: por ventura, aquella palabra que perdisteis cuando os dormistes, ó cuando os distrajistes, fuera medio para vuestro aprovechamiento; y el demonio, con la envidia que tiene de vuestro bien, procura por todas las vias que puede que no prenda en vuestro corazon.

Dice San Agustin, que la palabra de Dios es como el anzuelo, que entonces coge cuando es escogido (2). Asi como cuando el pez toma el anzuelo queda él tomado y asido de él, asi cuando vos tomáis y recibís bien la palabra de Dios quedáis preso y asido de ella. Y por esto procura tanto el demonio estorbar que no la percibais para que vos no quedeis asido ni quede prendido vuestro corazon. Pues procuremos ir á las pláticas y sermones con la disposicion que debemos, y oír de tal manera la palabra de Dios que prenda en nuestro corazon y dé fruto. Dice el Apóstol Santiago: "no seais solamente oidores de la palabra de Dios, sino obradores. No os engañeis á vosotros mismos pensando que cumplís con oír, porque el que oye la palabra de Dios y no la obra, es como el que se mira en un espejo y luego se va y se olvida de su forma y figura (3)." Esos no serán justificados, sino los que la pusieren por obra (4).

En el Prado espiritual, que compuso

(1) Venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant. Marc. IV, 15; Luc. VIII, 12.

(2) Quod tunc capit, quando capitur. August.

(3) Estote factores verbi, et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos.—Quia si quis auditor est verbi, et non factor, hic comparabitur viro consideranti vultum nativitatís suae in speculo, consideravit enim se, et abiit, et statim oblitus est qualis fuerit. Jac. I, 22 et 23.

(4) Non enim auditores legis justí sunt apud Deum, sed factores legis justificabuntur. Ad Rom. II, 13.

Juan Evirato, ó segun otros, San Sofronio, patriarca de Jerusalem, y fué aprobado en el segundo concilio Niceno, se cuenta (y lo trae tambien Teodoro en su historia religiosa) que estando un dia un santo varon llamado Eusebio, sentado con otro, llamado Amiano, leyendo en un libro de los Evangelios, el Amiano leia y el otro lo iba declarando; y sucedió, que como unos labradores estuviesen labrando sus tierras en aquella campiña, Eusebio, por mirarlos, se distrajo y no atendió á la leccion, y dudando entonces Amiano en lo que iba leyendo, dijo á Eusebio que se lo declarase. Eusebio, como no habia estado atento, le dijo que se lo leyese otra vez; conociendo por esto Amiano que se habia distraido de lo que estaba haciendo, reprendióle y dijole: "no es maravilla si por deleitarte con la vista de los que trabajan, no percibiste como convenia las palabras evangélicas." Como Eusebio oyó esta reprehension

quedó tan avergonzado con ella que mandó á sus ojos que en ningun tiempo se deleitasen mirando aquella vega, ni aun las estrellas del cielo. Y desde allí se entró por una senda estrecha y se recogió á una choza, de donde nunca massalió en todo lo restante de su vida. En esta estrecha prision vivió cuarenta años, y mas, hasta que murió. Y porque la necesidad con la razon le compeliere á estar allí quedo, se ató por los lomos con una cinta de hierro, y con otras pesada por la cerviz, y á estas cintas de hierro ató una cadena y la cadena al suelo, para que por fuerza estuviese acorbadado, y no pudiese andar libremente, ni mirar mas aquella vega, ni aun levantar mas los ojos al cielo. De esta manera se castigó el siervo de Dios por sola una inadvertencia y distraccion que tuvo á la declaracion de la palabra de Dios, para confusion nuestra que tan poco caso hacemos de las muchas que tenemos.

TRATADO SEGUNDO.

De la perfeccion de las obras ordinarias.

CAPITULO I.

Que nuestro aprovechamiento y perfeccion está en hacer las obras ordinarias, que hacemos, bien hechas.

Dice el Señor á su pueblo: "lo que es bueno y justo, hacedlo bien hecho, justa y cabalmente (1)." No está el negocio de nuestro aprovechamiento y perfeccion en hacer las cosas, sino en hacerlas bien, como no está tampoco en ser uno religioso,

(1) Juste quod justum est, persequeris. Deuteron. VI, 20.

sino en ser buen religioso. Dice san Gerónimo, escribiendo á Paulino (1): "No es de loar el vivir en Jerusalem; sino el vivir bien en Jerusalem." Tenia en mucho este Paulino á San Gerónimo, porque moraba en aquellos lugares sagrados, donde Cristo Nuestro Señor obró los Misterios de nuestra Redencion; y dícele San Gerónimo, no es

(1) Non Hierosolymis fuisse, sed Hierosolymis bene vixisse laudandum est. Hieron. Epist. ad Paulin. de instit. Monach.